

Cómo se cultivan las juventudes, desde Italia hasta Rusia, pasando por Alemania

HACE poco tiempo, el diario deportivo más importante de Francia dedicó una serie de artículos muy documentados al estudio de la educación física en la Italia fascista. Antes, en Inglaterra, se había señalado el esfuerzo de las milicias de Hitler, organizadas con un sentido educativo, como una victoria de la disciplina deportiva, en un país donde la simiente de la cultura física estuvo siempre propicia.

Siempre, después de la guerra, cuando los ecos del esfuerzo ruso por crear una civilización nueva, un pueblo original, un Estado, no ya distinto, sino opuesto a todas las demás, nos llegaban a través de noticias tendenciosas y prejuicios que imponían los filtros por donde las informaciones tenían que pasar, averiguábamos que los Soviets sentían tal preocupación por la cultura física de las juventudes, que sus organizaciones acusaban en este aspecto un rumbo preferente, una orientación de privilegio sobre tantas otras actividades ciudadanas, que un día sería menester que diera unos frutos dignos de estudio.

Con mirada amplia, sin trasunto político—que ni nos importa aquí, ni queremos tocar al hacer este análisis—, por fuerza tenemos que subrayar cómo las dictaduras europeas se han preocupado de un aspecto de la organización pública, instaurando sobre la base de una concep-

ción física—distinta, naturalmente de unas latitudes a otras—una reconstitución completa de los pueblos respectivos.

¿Resultados? ¡Ah! Es muy pronto para obtener conclusiones de un proceso que ha de desarrollarse sobre el cuerpo vivo de varias generaciones. Pero los que propugnamos por una atención especial hacia las juventudes, en los pueblos donde el sistema de Gobierno está lejos de la dictadura, por fuerza tenemos que advertir, con cierta pena, cómo son esos otros países quienes marchando a la vanguardia, libres de obstáculos rutinarios, implantan una política física que entre nosotros, en plena democracia, no conseguimos orientar, y menos llevada oficialmente como preocupación oficial.

El ejemplo de la Italia fascista es digno de encomio. No lo decimos nosotros, por supuesto. Lo afirma el doctor francés Strohl, redactor-jefe de la Revista *Educación Física* y colaborador el más próximo del maestro Hebert; y antes de hablar, visitó las ciudades italianas y se dió cuenta perfecta de sus organizaciones durante dos meses...

Un esfuerzo gigantesco, extraordinario, que tiene su base en esos ejércitos de *balillas*, que son el germen de toda la nueva juventud, y que cuentan con el apoyo y la cooperación personal de todas las clases sociales, desde la aristocracia al más humilde obrero. En todas las ciudades, campos de deportes sembrados a granel. Con frecuencia,



en las poblaciones grandes, un estadio gigantesco; pero aun en esas mismas ciudades, centenares de *palestras*, que son tan sólo pequeños campos deportivos, donde los maestros de educación física educan a las muchachas y a los jóvenes en esa edad durante la que la influencia de un médico-físico puede transformar tantas anatomías, mejorándolas extraordinariamente o quizá salvándolas.

Los *balillas* están obligados a someterse a esta educación física, como a la otra del colegio; con la diferencia de que aquélla tiene suficiente con dos horas al día (ordinariamente de seis a ocho de la tarde) para dedicarlas a juegos, ejercicios gimnásticos, carreras, algunos deportes e iniciación de movimientos o esfuerzos que puedan ser útiles a la especialización con que el muchacho haya soñado en el porvenir.

Por ejemplo, a los futuros marinos ya orientan sus ejercicios en tal sentido. Y para las muchachitas, las maestras de estas *palestras* hacen compatibles los suaves ejercicios con enseñanzas de puericultura, de economía doméstica...

De vez en cuando, con cierta frecuencia, los grandes cuerpos de *balillas* se reúnen en los estadios principales, donde tienen lugar movimientos de conjunto, fiestas espectaculares que prueban el grado de preparación de las juventudes de toda Italia.

Hasta determinada edad los deportes violentos están prohibidos; y pasado ese momento, el reconocimiento médico previo exige

condiciones físicas, que si no se llenan imposibilitarán automáticamente el permiso.

Más lejos, más desconocida la organización en sus detalles, pero dueño el Estado también de todos los recursos, Rusia ha conseguido una organización de la que son exponente fiel esas manifestaciones imponentes que algunas veces nos ofrecen los noticieros cinematográficos, durante las cuales centenares de miles de atletas de uno y otro sexo desfilan en afirmación de salud por la Plaza Roja...

Y más recientemente, la Alemania del hitlerismo, al compás de su renovadora, de su reestructuradora obra política, pone los cimientos de un edificio que será tanto más fácil de elevar cuanto que la cultura física era antes en ese país una religión de la que la juventud hacía culto, y que sólo la guerra pudo malbaratar en sus organizaciones.

Ya tienen un comisario general, con categoría de ministro; amplios recursos, y el consejo y el estímulo del dictador para llevar adelante el enorme propósito de hacer resucitar a Alemania.

Estos son ejemplos — tres nada más de los tres países gobernados en dictadura en el Continente — que convendría estudiar.

Por si en el nuestro, con sentido democrático, disciplina firme y orientación precisa emanada de los altos Poderes, pudiera hacerse algo que por sus fines tuviera alguna semejanza.

El fin justificaría tan alta intervención.



Las mujeres rusas hacen cultura física y pasean por las calles su disciplinada marcialidad atlética

